

Hacia la unidad con Túnez

Burguiba —el «combatiente supremo»— y Ghadafi han decidido unir sus naciones —Túnez y Libia— en una república árabe islámica: una misma bandera, un mismo país. Nada más extraño en principio que esta unión, que deberá ratificarse mediante un plebiscito de sus habitantes en la segunda quincena de marzo. Si es que para entonces se mantienen los principios de la unión y se ha llegado a los acuerdos necesarios. Lo cual no es necesariamente ineluctable. Desde la descolonización hasta nuestros días se han registrado unos quince intentos de unificación de naciones árabes, y todos han fracasado. El último, el intento libio de marcha sobre El Cairo, atravesando el desierto en automóvil, que se rechazó en la frontera egipcia.

Nada más extraño, porque no hay personajes más distintos que Burguiba y Ghadafi. Habib Burguiba es occidentalista, laico, casado con una francesa católica, abogado de fino oficio —ha intentado suprimir el ayuno de Ramadán por considerarlo lesivo para el trabajo de reconstrucción nacional y la matanza de corderos en la pascua grande, que podría destruir la cabaña de Túnez—, considerado como reformista por los más extremos panarabistas —como Salh Ben Yusef—, enemigo de la poligamia —que ha prohibido—, antinasseriano, pro americano —favorable a la intervención de Estados Unidos en Vietnam—, anticomunista. Ghadafi es un nacionalista musulmán estricto, que castiga con la lapidación a los adúlteros y con el corte de las manos a los ladrones, panarabista, nasseriano, islamista hasta el extremo, cerrado, hijo de una familia del desierto —se dice que sus padres viven aún en una tienda de campaña—, depositario del destino, militar, con una educación entre coránica e inglesa.

Bajo estos dos jefes, tunecinos y libios son personajes dispares. El tunecino es versátil y agudo, inevitablemente afrancesado, amante de la democracia —si bien Burguiba practica una autocracia familiar y una tendencia al dirigismo económico—; el libio ha salido del largo feudalismo del Rey Idris para caer en otro nuevo, es hermético, fanático. Y rico. Libia tiene petróleo, una enorme cantidad de riqueza, multiplicada de valor en estos momentos. Túnez vive todavía sobre la agricultura. En este sentido, la unión podría ser fecunda. Pero la adhesión política que Ghadafi declara a los grupos terroristas tiene que estar forzosamente encontrada con el occidentalismo y la burguesía del Neo Destur que dirige Habib Burguiba. Los que han dicho siempre que Ghadafi estaba secretamente influido por los Estados Unidos, los que nunca han dejado de creer que Burguiba lo ha estado siempre, tienen ahora una ocasión de encontrar algunas razones en esta unión que de otra forma no parece clara.

Túnez y Libia, sin embargo, habían pensado un tiempo en formar parte de una unión panárabe, la del Gran Maghreb —el occidente—, sueño predilecto de Mohammed V y de Ben Bella en la época en que conversaban en Rabat, cuando ya Marruecos era independiente y ayuda a Argelia a conseguirlo. Marruecos, Argelia, Túnez y Libia debían formar esta gran nación tan idéntica en su estructura básica de población —los bereberes y otros pueblos originales, conquistados por los árabes y arabizados; los idiomas y dialectos, la religión, la geografía, etcétera—, pero los distintos regímenes políticos y sociales, y sin duda la actuación neocolonial más o menos oculta lo impidieron siempre, llegaron a hacer de ellos hasta enemigos armados (las hostilidades entre Marruecos y Argelia se han abierto más de una vez). Pero precisamente Ghadafi, cuando produjo su revolución, se manifestó inmediatamente contrario a la idea del Maghreb o unión de los árabes del occidente norte de África, porque la consideraba como una posible división del panarabismo que debía extenderse hacia el oriente, el Machrek, y por lo tanto contrario al objetivo primordial de la lucha, que era la de la extinción de Israel y la reconquista de Palestina. En este sentido hemos de recordar que Burguiba, por su parte, ha sido el más favorable al reconocimiento de Israel y la resolución por medios pacíficos del conflicto de todos los dirigentes árabes.

Todo ello permite el asombro ante esta nueva versatilidad de los grandes políticos árabes. Sin excluir que si realmente llegan a conseguir su nueva República debe ser un factor positivo y bien venido, tanto para la mejora de sus poblaciones como para el futuro árabe. Dependerá de cómo se oriente. ■ J. A.

Los Contem pora neos

LA OBRA MUERTA

Numerosas personas están esperando, con la disciplina y serenidad propias del pueblo español, que se les dé la orden de ser más libres. Otras aguardan, sin temor ni vacilaciones, las instrucciones precisas para ser más europeas. No temen nada. Son viejos numantinos y saguntinos que se arrojarían al

horno europeo, a la fogata de la libertad, con una sonrisa en los labios. Otros, en cambio, están más inquietos. Sienten, al parecer, lo que Enrich Fromm llamaba "el miedo a la libertad". Pero Fromm empleaba la expresión de manera reflexiva, dentro-dentro, nacida de uno mismo y vuelta a uno mismo, y nuestros inquietos contemporáneos tienen ese sentimiento con respecto a los demás. El español siempre ha tenido miedo a la libertad de los españoles. Ha segregado en ese sentido frases inolvidables y, ciertamente, nunca olvidadas ni caídas en desuso: "Somos un pueblo ingobernable", "No tenemos remedio", "Aquí hace falta mano dura...". Mientras se pronunciaban estas frases a lo largo de los siglos, el español resultaba sobregobernado —filiposekundado o fernandoseptimizado—, las manos duras se petrificaban, y los remedios eran de los de caballo.

Debo confesar que este tipo de sociedad coridcea, resistente, pesada y triste que atraviesa impávida los siglos y los milenios con sus dogmas y sus movimientos rígidos me parece bastante más importante en España que cualquier otra cosa. Es algo más que una simple superestructura, algo más que lo que emerge por encima de la línea de flotación —la obra muerta!—; algo por encima de las puras circunstancias, de los diversos nombres y asociaciones en que anida, según los tiempos y las costumbres. Son los que gritan al escándalo en el cine o en el teatro, los que inventaron la copla de la Dolores, los que no saludan a su anciano vecino por algo que dicen que pasó o hizo en su juventud, que el pobre hombre hace a veces esfuerzos por recordar aquellos a quienes ha crecido el dedo índice de tanto acusar, los que se llaman a sí mismos honrados ciudadanos de pro, los que creen en la naturaleza del hombre, los que corren a denunciar

el libro que tienen entre las manos, los dueños absolutos de la verdad, los que llaman cochinería al amor, los autores de anónimos, los que dicen "siempre ha sido así" y "así ha de ser". Los que creen en el Bien y en el Mal (y el Bien son ellos), los que sospechan de sus hijos, los que sospechan de sus

amigos. Los que sospechan. Los que ponen una zancadilla al que corre por la calle por si es un ladrón o un rojo. Los que llevan paraguas hasta cuando hace sol por si hay que pegar a alguien. Los que profesan la religión de la corbata. Los que creen que todo el mundo es comunista. Los que creen que todo el mundo es fascista. Los que ven manos ocultas. Los que piensan en las lenguas como algo que hay que cortar. Los que rechazan la palabra y aceptan el eufemismo. Los que temen las modas nuevas. Los que se visten con modas demasado nuevas. Los que utilizan la palabra "rojo" en 1974 y, de una manera especial, los que utilizan la palabra "rojillo". Los que creen que las drogas son cosa de los chinos. Los que creen que son chinos. Los que invocan el espectro sangriento y miserable de Adolfo Hitler. Los que dicen que Mussolini después de todo desecó al Agro Pontino y construyó carreteras. Los que creen que construir carreteras es un sustituto de la política. Los que dicen que no tienen tiempo para leer. Los que dicen que no tienen tiempo.

La obra muerta... Hay una sociedad —un grupo de sociedad— en España que acepta con más alegría la prohibición que el permiso, y que en casos extremos acepta el permiso o la tolerancia, pero no la libertad interior, fecunda y creadora, el contraste de pareceres (aun siendo esta tan triste y manida expresión), que consideran que hay cosas que deben dejarse hacer de una manera resignada, "cerrando ojos" o "volviendo la espalda", como les gusta decir, pero no entendiendo, comprendiendo, aceptando o discutiendo: los que aceptan el hecho como inevitable, como mal menor, pero no la razón del hecho.

Son los que están diciendo que "no van a permitir que". Antes, desde luego, de que sepan si van a tener algo que permitir. ■

POZUELO